

EL AMBIENTE CULTURAL EN COSTA RICA EN LA DECADA DE 1950

M.Sc. Rafael Cuevas Molina

Seguramente que hoy nos encontramos en una encrucijada de la historia. Es evidente que la sociedad está cambiando y que estamos inmersos en procesos de transformación que, muy posiblemente, apenas se inician, y que modificarán (ya lo están modificando) el perfil de nuestras identidades sociales.

Posiblemente el siglo XXI nos depare formas de organización social que no estamos en capacidad de imaginar, a pesar que la base material que las genera, el impetuoso desarrollo tecnológico, ya sea claramente identificable.

Las épocas como esta, de cambio y modificaciones, generan en la gente desasosiego y angustia, expectación y, no pocas veces, disgusto. Y no es para menos: nuestros espacios de referencia ya no están fijos, y nuestros puntos de apoyo se mueven. En estas circunstancias no es casual que se hable constantemente que nos encontramos en un período de decadencia general y de crisis de valores. Todos conocen algo de esto: los medios de comunicación (la radio, la prensa, la televisión), los académicos en las

aulas universitarias, la gente en la calle, en las conversaciones con los amigos surge constantemente la valoración de nuestro tiempo como uno de crisis generalizada y de decadencia de valores, especialmente morales.

Y, ciertamente, al encontrarnos en un período de cambios profundos en el orden de lo económico, lo político y lo social, también el ámbito de la cultura y los valores se modifica. Estas modificaciones no necesariamente son «malas» (aunque por casualidad puedan serlo), en el sentido que realmente sean una «degradación de las anteriores», pero la gente las percibe como amenazantes porque son diferentes y desconocidas y, por lo tanto, no ofrecen la seguridad de las anteriores.

Es cierto que los cambios en los que hoy nos encontramos inmersos, seguramente, son de una magnitud que no se veía hace mucho en la historia humana. Nos encontramos en un período de transición hacia una nueva época, en un «cambio epocal»¹ dicen algunos que nos hayamos.

Es muy posible que los hombres y las mujeres de los años 50 de Costa Rica hayan vivido circunstancias parecidas a las nuestras; no voy a entrar en pormenores de las diferencias que existen entre nuestro momento histórico y el suyo, pero creo que es importante que tengamos en cuenta que, con mucha probabilidad, hay similitudes en lo que respecta al estado de ánimo que suscita una época de cambios, de transición.

En efecto, era un tiempo de transición y de cambios el que se vivía en Costa Rica en los años 50. Y esto no solamente por los acontecimientos sociales que tenían lugar en nuestro territorio sino porque, a nivel mundial y regional, se sucedían acontecimientos importantes que estaban cambiando la relación entre los hombres y su forma de percibir el mundo.

Ciertamente, en el plano más general, en 1945 había concluido la Segunda Guerra Mundial, lo que se había

expresado en la región en la esperanza del desarrollo económico, las reformas sociales y el avance de las democracias².

En Centroamérica, estas aspiraciones habían encontrado especial concreción en Costa Rica y Guatemala. En esta última se había abierto un período de democracia y de relativo florecimiento cultural que duró apenas 10 años, entre 1944 y 1954. Efectivamente, en 1944, se había dado la llamada Revolución de Octubre del 44, que había llevado a un triunvirato primero, y al Dr. Juan José Arévalo y a Jacobo Arbenz después al poder.

Es en estos años cuando coinciden en el país, por última vez en sus vidas, dos de los más grandes exponentes de la cultura guatemalteca: Miguel Angel Asturias y Luis Cardoza y Aragón, cuando funciona el grupo y la revista **Saker Tí** y cuando Augusto «Tito» Monterroso escribe sus famosas fábulas que le han valido el reconocimiento universal. Mientras la apertura política guatemalteca atraía las miradas de América Latina y los pasos de gente como Ernesto «Che» Guevara, Costa Rica vivía, por su parte, un período de transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales que marcarían, por lo menos, los siguientes 30 años.

Ciertamente, como es bien conocido, la década de 1950 es el período cuando se afirman las transformaciones que permiten hablar de la consolidación del Estado contemporáneo en el país, luego de la crisis del Estado Liberal en la década del 30; la década de los 50 se encuentra inmersa en un período de crecimiento económico constante en toda la región centroamericana, que llega en Costa Rica a alcanzar un 7,1% anual. La expansión económica lleva también al forzamiento de las fronteras agrícolas del país, que se expanden a expensas de la limpieza de la capa forestal, lo que lleva a que sea en este período cuando se inicie con verdadero vigor el proceso de deforestación de nuestro territorio; basta como ejemplo el siguiente dato: si en 1950 en Costa Rica aún permanecía en pie el 75% de los bosques originales, hoy sólo queda el 25%.

El costarricense vivía entonces, pues, no sólo en medio de un período de importante crecimiento económico sino que, aun, en medio de un entorno natural mucho más exuberante y agreste que el nuestro.

Por su parte, el pequeño San José, aquel que había experimentado un crecimiento relativamente lento hasta mediados de los años 40, conoce una mayor expansión que lleva a la necesidad de crear el concepto de «Área Metropolitana», que incluye a los que antes eran pequeños poblados aledaños a la capital y que, paulatinamente, se van convirtiendo en barrios periféricos de esta: San Pedro de Montes de Oca, San Juan de Tibás, Moravia, Sabanilla de Montes de Oca, Desamparados, Zapote, etc. ... Es este el período cuando los ríos que cruzaban bucólicamente el fértil Valle Central empiezan a cambiar radicalmente su aspecto hasta convertirse en lo que son hoy: cloacas inmundas a cielo abierto que para nada recuerdan las pozas en donde en los años 40 todavía, se bañaban los chiquillos después de clases y los fines de semana.

A pesar de ese crecimiento que va perfilando el país que hoy conocemos, los intelectuales y artistas se quejaban constantemente de que Costa Rica (entiéndase San José) es todavía muy «aldeana» y «recoleta», así lo dejan ver en periódicos y revistas como el **Repertorio Americano** y **Brecha** escritores como Joaquín García Monge, Isaac Felipe Azofeifa y otros. Igualmente lo hacen los artistas. Hacia finales de la década, por ejemplo, vuelven al país Rafael Ángel «Felo» García y Manuel de la Cruz González, ambos fundadores unos años más tarde del famoso Grupo 8, que habría de sacudir el medio cultural costarricense al introducir el abstraccionismo en el país y un cierto aire irreverente que chocaba con la moral aún muy tradicional de estos lares. «Felo» García decía respecto del ambiente cultural de estos años que este era «raqúitico»⁴, mientras Abelardo Bonilla, refiriéndose al nacimiento de una revista cultural apuntaba que esta tendía «a poner un matiz de belleza en nuestra aldea» mientras que otros iban más allá y no se conformaban con apuntar esa pequeñez del medio cultural sino que hablaban de una «decadencia» y, en términos más generales, de una «crisis de valores». Eso es

lo que decía el rector de la Universidad de Costa Rica, Rodrigo Facio: «...hay síntomas graves de decadencia cultural en el país...»⁶.

Las expresiones del Rector y de Abelardo Bonilla se refieren a una época en la que, como hoy, hay insatisfacción por los valores nuevos que se entronizan en la sociedad. Facio es muy claro y caracteriza estos nuevos valores como propios de un período de decadencia, y Bonilla los cataloga como superficiales y vulgares.

Son apreciaciones de gente inmersas en un *período de cambio*; por un lado, se duelen de la parsimonia y la quietud que asocian con la vida aldeana, pero por otro se asustan del perfil que muestra la nueva Costa Rica; tal vez quisieran un país más dinámico, digamos que más moderno, pero con los valores tradicionales que siempre rigieron a una sociedad básicamente rural, en la que ellos crecieron y a la que están acostumbrados a pesar que la anatemicen.

Sin embargo, a pesar de las quejas que los más connotados intelectuales costarricenses dejan oír sobre el ambiente cultural en que viven, cualquier observador atento puede ver como, en estos años, empiezan a gestarse algunos de los rasgos que en décadas posteriores caracterizarán la vida cultural josefina.

Una de ellas, quizá la más importante, es la que remite al papel que juegan las instituciones públicas en la dinamización del ambiente cultural.

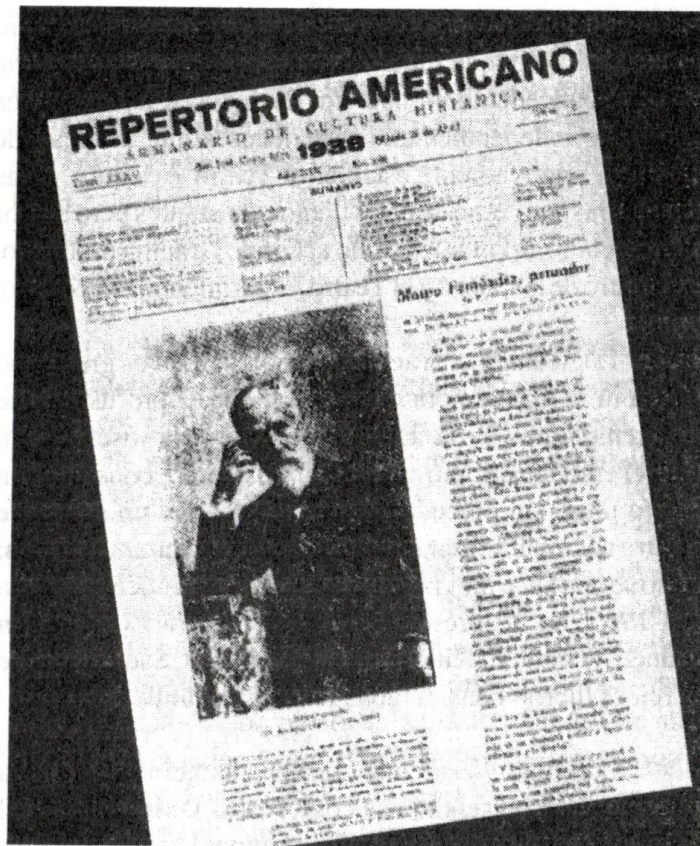
En este sentido, no hay que ser muy avisado para percibir que a todo lo largo de los años 50, la Universidad de Costa Rica, que había sido fundada apenas 10 años antes, se constituye en el principal gestor de iniciativas culturales. Esto no es casual porque, además de ser la principal institución cultural del país, sus autoridades estaban convencidas que el papel que debían jugar las instituciones que ellos comandaban debía ser determinante. El rector Facio así lo había hecho ver contundentemente cuando afirmó que «...en países pequeños y nuevos, las

instituciones públicas y la Universidad juegan un papel decisivo en la promoción de actividades culturales...»⁷.

Seguramente que el influjo que la Universidad tenía sobre el medio se desprendía, en buena medida, de esa concepción que emanaba de los intelectuales que originalmente habían pertenecido al Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales en la primera mitad de los años 40, y que posteriormente se habían refugiado, al decir del mismo rector Facio, «...en la pequeña república universitaria», entre los que destacan él mismo, Isaac Felipe Azofeifa, Carlos Monge Alfaro y otros.

Aunque las autoridades y los ideólogos universitarios aspiran a que el papel «iluminador» de la universidad se proyecte a todo el país por medio de la *extensión cultural*, hay que decir que en estos años la principal influencia de la institución se siente en San José y, en él, fundamentalmente en la creciente *clase media*.

Ciertamente, el proyecto universitario es dirigido en esos años por intelectuales que se encuentran identificados con el proyecto que es impulsado a nivel nacional por el Partido Liberación Nacional, el cual tenía como uno de sus pilares fundamentales el fortalecimiento de la clase media por medio del empleo, el crédito, el acceso a la tierra, la vivienda y la educación. En este contexto, la Universidad también promueve actividades que, por su naturaleza, tienen como público a un sector social que podríamos caracterizar antes que todo como urbano, formalmente educado y de clase media. Este público no es aún muy numeroso ni tampoco muy exigente en lo que respecta a la calidad de la cultura que consume. No es muy numeroso puesto que está conformado por un sector social relativamente nuevo, en proceso de formación, con hábitos y costumbres también apenas esbozados dada la relativa novedad de su condición; estos mismos factores, más la relativa pobreza de la vida cultural josefina de los años anteriores, hacen que este público posea tales características. Sin embargo, constituye un grupo social que ya permite la existencia y permanencia de actividades culturales relativamente importantes.



Es, entonces, hacia estos sectores que se orientan, por ejemplo, las Ferias del Libro que anualmente se organizan, y cuya primera edición data del año 1954, así como los premios que constituye el Consejo Universitario en los campos de novela, ensayo científico, artes plásticas y poesía⁸. Es también principalmente a estos grupos a quienes deleita el entonces recién creado Coro Universitario que aglutinaba a 80 de los apenas 2.000 estudiantes que entonces tenía la Universidad de Costa Rica.

Es también en la Universidad de Costa Rica en donde se dan los primeros pasos del teatro profesional costarricense, ese teatro que alcanzará sus más altas cuotas cualitativas y cuantitativas en los años 70.

En efecto, el Teatro Universitario empieza a gestarse desde 1950 con la dirección de Alfredo Sancho, y funciona

en diversos locales de la capital, incluyendo el Teatro Nacional, en donde funciona por dos años, y se convierte en el antecedente inmediato de los primeros grupos teatrales independientes costarricenses que trabajan de manera relativamente estable: el Teatro Arlequín y Las Máscaras, así como de otros menos constantes pero no por ello menos importantes como el Grupo Israelita de Teatro, el Teatro de la Calle 4 y el Teatro Experimental Autónomo.

Lógicamente, la actividad teatral de estos grupos no tenía ni la más remota proximidad con la profusión que contemplamos en la actualidad en la vida josefina. En aquel entonces, como apunta Guido Sáenz⁹, constituía un éxito total, sin precedentes en el país, que un grupo de teatro nacional se mantuviera en cartelera durante un mes; esto se nos hace más patente si tomamos en cuenta que, ya en 1965, las 12 presentaciones de la obra **El baile** (en donde actuaban Kitico Moreno, Guido Sáenz y José Trejos) fueron consideradas un éxito rotundo.

Con todo y esto, dada la aún semiadormilada vida josefina, las presentaciones del Teatro Universitario, el Arlequín, Las Máscaras y los otros grupos ya mencionados, tienen, en su momento «categoría de acontecimiento de ciudad grande que produjo alteración en San José»¹⁰.

Pero no era solamente la Universidad de Costa Rica quien realizaba actividades culturales. Vimos que en el ámbito del teatro las organizaciones privadas tienen ya un papel importante. Según un rastreo que realizamos hace algunos años en diarios y revistas de la época, existían diversos centros que tenían programaciones constantes de conferencias, presentaciones de grupos de baile, etc. Podemos mencionar el nombre de algunos de estos lugares: el Centro Médico Cultural, el Centro Femenino de Estudios, el Instituto de Cultura Hispánica, la Biblioteca de la Asamblea Legislativa, el Club Rotario, la Alianza Cultural Franco Costarricense, la Asociación Costarricense de Filosofía, el Instituto Cultural Costarricense Israelí, el Círculo de Estudios Aguilar Machado (de Cartago), la Liga Espiritual de Profesionales Católicos y el Auditorio Tasara.

Paralelamente, a diferencia de los años 40, ahora encontramos espacios que se ofrecen para exposiciones de artes plásticas. Estas se realizaban en el mismo local del Teatro Arlequín, pero también en una Galería de Arte del Teatro Nacional, en la Casa del Artista (fundada por Olga Espinach y Lucio Ranucci), que aún funciona, en la Alianza Francesa y en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad.

La Sala Arlequín fue lugar de exposiciones iconoclastas para la época, allí expuso «Felo» García sus abstractos en 1957 y, unos pocos años más tarde, Pilar Quirós montó la que seguramente fue la primera instalación plástica de este país¹¹.

Es muy posible que se pueda aventurar que, en esos años, fueron las artes plásticas las que llevaron la vanguardia en el desarrollo de las artes costarricenses, porque, aunque existía actividad importante en otros ámbitos de la cultura artística, la plástica fue la que más «movió» la conciencia de los ticos, mostrándoles caminos que parecían demasiado aventurados e irreverentes para la época. No cabe duda que las experiencias que realizó el Grupo 8 en el Parque Central y las Arcadas (frente al Teatro Nacional) constituyeron un golpe para el tradicional gusto josefino; como relata César Valverde, el impacto fue tan grande que provocó la furia de algunos profesores y alumnos de Bellas Artes, los cuales tiraron y partieron algunos de los cuadros de estas exposiciones.

Pero, aun siendo las artes plásticas un ámbito de creación polémico y controversial, no constituía el único espacio en donde se realizaba producción artística remarcable. Sin entrar a los pormenores de la narrativa de la época, seguramente fue la poesía la que tuvo mayor impacto desde el punto de vista socio-cultural.

Es este el tiempo en que se forma el famoso Círculo de Poetas de Turrialba, que contaba entre sus miembros a Laureano Albán y Jorge Debravo. Este último se convertiría con el tiempo en uno de los poetas estandartes de Costa Rica, identificado con lo mejor del ser humano

y comprometido con las causas de aquellos quienes durante las décadas siguientes, los 60 y 70, se convertirían en protagonistas de la política centroamericana: los sectores populares. Pero no sólo ellos, también Virginia Grutter, Alfonso Ulloa, Carlos Duberrán y otros que posteriormente se constituirían en figuras ineludibles del mapa literario costarricense, inician su producción en esos años; los anteriormente nombrados en el Círculo de Escritores y Poetas Universitarios.

Por último, y para no extendernos demasiado en este punto, haremos una breve mención de las revistas culturales de la década. Sin lugar a dudas, aparte de las revistas académicas de la Universidad de Costa Rica, las dos más importantes revistas culturales del período son: **El Repertorio Americano** y la revista **Brecha**. **El Repertorio** es suficientemente conocido por la audiencia dado que constituye, paradigmáticamente «la» revista cultural costarricense de todos los tiempos. **Brecha**, sin embargo, es menos conocida pero, seguramente, constituyó en sus apenas seis años de vida (1956-1962) la revista más influyente en el medio cultural artístico nacional. Dirigida por el nicaragüense Adolfo Ortega y Arturo Echeverría Loría, poseía una galería de arte y una editorial (L. Atelier), y acogía en sus páginas las reflexiones más actualizadas sobre la realidad artística nacional. Su sección fija «Brújula Quieta» constituye el más completo inventario comentado de la actividad artística nacional de su tiempo, más aun que **El Repertorio**, el cual, por su propia naturaleza, estaba menos enfocado a lo nacional que a lo latinoamericano. **Brecha** constituyó la primera revista de circulación local, que tuvo un formato eminentemente cultural, abandonando esa mezcla de revista frívola con notas de cultura que habían tenido algunas antecesoras suyas, como **Orhe** y **El Mundo**. En esos tiempos circuló también otra pequeña revista que podríamos caracterizar como de contenidos más sofisticados, más próxima a círculos académicos y estudiantiles y de circulación más restringida: **Hipocampo**.

Por último quiero referirme al papel que jugó el Estado con respecto a la cultura en esos años. Como es sabido, el Estado Liberal no se preocupó en especial por

la promoción de las artes. Como anecdóticamente cuenta Isaac Felipe Azofeifa, en 1935 al volver de Chile se entrevistó con el entonces Presidente de la República y le comentó la necesidad de impulsar con mayor ahínco la educación secundaria en el país, a lo que el señor Presidente respondió: «Querido amigo, para nosotros, la educación secundaria es eso: secundaria»¹². Sin embargo, las nuevas fuerzas sociales que arribaron al poder del Estado en 1948 tampoco habían formulado un plan específico para la cultura, como sí lo tenían para lo económico, lo social y lo político¹³. Eso no significa que dentro de su ideario general, de corte socialdemócrata, la cultura no tuviera un sitio determinado. En este sentido, la concepción socialdemócrata concebía que precisamente por medio de la educación y la cultura era posible llegar a lo que ellos llamaban una «igualación social». Pero esta «igualación» se lograría a partir de la difusión de la cultura que ciertos sectores ilustrados (intelectuales) formularían y expandirían. De allí que, desde sus primeras iniciativas, el Estado manejado por los socialdemócratas se orientará a fomentar las políticas que acuerpaban el trabajo de los productores especializados (intelectuales y artistas) y a buscar los medios para difundir sus obras. Es así como hacia mediados de la década de los 50 se gestan los primeros intentos por crear una editorial del Estado que publique y difunda las obras de los escritores costarricenses.

Se torna interesante rastrear las crónicas que diarios y revistas publicaron sobre las reuniones que realizaban, con el fin de redactar el proyecto de lo que sería la Editorial Costa Rica. El periodista Francisco Gamboa, por ejemplo, hace ver los pocos escritores que llegaban y la inconstancia de los que asistían, mal que bien, con mayor asiduidad¹⁴. La revista **Brecha** se lamentaba que ni siquiera cuando se trataba de una iniciativa que les beneficiaría directamente, se lograba movilizar a los interesados; sin embargo, y tras algunos tropiezos de falta de apoyo inicial, se logró que la Asamblea Legislativa aprobara el proyecto en junio de 1959, conjuntamente con la Asociación de Autores de Obras Literarias, Artísticas y Científicas.

Sobre esta última es pertinente hacer una breve reflexión. Como se puede ver, la organización que nuclea a los autores en el país es una iniciativa del Estado, el cual la impulsó inclusive ante la indiferencia de la mayoría de ellos. Es este un caso singular, pues en casi todos los países del mundo las organizaciones de este tipo no sólo no nacen por iniciativa del Estado sino que, con mucha frecuencia, tienen una actitud y una práctica si no antiestatal, por lo menos antigubernamental. Seguramente que la forma como se creó la Asociación de Autores en Costa Rica, muestra ciertos rasgos propios del costarricense en las nuevas circunstancias que le tocan vivir a partir de la segunda mitad del siglo XX, cuando el Estado pasa a jugar un papel mucho más activo en la vida social que el que había jugado antes.

Casi simultáneamente con esta ley de la Editorial Costa Rica (que incluye a la Asociación de Autores), se aprobó la ley de Premios Nacionales. Ambas leyes fueron presentadas (que no elaboradas aunque sí fuertemente impulsadas) por Fernando Volio, a la razón diputado por el Partido Liberación Nacional.

Como el asunto que acá nos ocupa es el ambiente cultural de la época, dejaré de lado algunas observaciones que tienen que ver con las implicaciones que tienen esas dos leyes en el campo cultural costarricense y me limitaré a mostrar, brevemente, el impacto que tuvieron en el medio cultural tales iniciativas.

Efectivamente, estas primeras iniciativas, junto a otras que se tomarán muy pocos años después, en especial la creación de la Dirección General de Artes y Letras en 1962, dieron un impulso importante al medio cultural costarricense. Se podría decir que, a partir de entonces, *el Estado se transformó en el principal promotor de la actividad cultural del país*, y eso se hizo sentir, como decía, desde la década de los años sesenta, cuando empiezan a funcionar las instituciones que se habían creado hacia finales de la década del 50. Estas organizan certámenes y juegos florales, publican y difunden literatura nacional, y sus locales se transforman en lugar de encuentro y

tertulia para artistas e intelectuales, lo cual es recibido y comentado con entusiasmo. Citaré algunos comentarios aparecidos en diarios y revistas de la época, que muestran tal estado de ánimo. La revista **Pórtico**, por ejemplo, decía que «...indudablemente que en los últimos tiempos y por la influencia del Estado con leyes que crean organismos culturales, ha habido un renacimiento de todos nuestros medios artísticos»¹⁵, mientras **La Nación** consignaba que «no hay duda que en muchas ocasiones una buena iniciativa estatal en la vida de la cultura de un país, o en cualquier otra actividad colectiva, puede despertar un nuevo espíritu de empresa...», refiriéndose al salón para exposiciones de artes plásticas creado por la Dirección General de Artes y Letras.

La década del 50, aquella en la que se movían y participaban hombres y mujeres como Moisés Vincenzi, Julián Marchena, José Basileo Acuña, Lilia Ramos, Francisco Amighetti, Carlos Salazar Herrera, Juan Manuel Sánchez y otros, se podría caracterizar, como hicimos ver al inicio, como una década de transición. Es seguro que, en relación con lo que será después la vida cultural costarricense, específicamente la josefina, en esta década se pueden atisbar ya algunos de sus rasgos característicos, sobre todo la principalísima posición que asumirá el Estado como promotor cultural.

San José es aún en estos años una ciudad que se mueve entre la urbe y la aldea, que le cuesta dejar su tranquilo y tradicional ritmo por el más agitado y exigente andar del San José que, en muy buena medida, hoy vivimos. Esta no es, lógicamente, una característica exclusiva de nuestra ciudad capital, a pesar que este proceso posea rasgos propios y características específicas. Caracas, por ejemplo, tal vez con unos cuantos años de antelación, se transforma también de la que sus contemporáneos llamaban «la ciudad de los techos rojos», en lo que luego llamarían «la Manhattan de América del Sur».

Hacemos esta observación final que muestra que nuestros procesos, a pesar de tener sus propias

especificidades, no son únicos, y que comparten atributos y características con lo que sucede con el resto de América Latina y el mundo, porque uno de los rasgos ideológicos dominantes en este país es el creer que Costa Rica constituye un «caso aparte» del desarrollo regional, remarcándose siempre «la especificidad» de Costa Rica. Y si bien, como ya se dijo, esto tiene su buena dosis de verdad, no podemos dejar de ver que mucho de lo que nos sucede, también les sucede a otros, muchas veces con una similitud que puede sorprendernos. Creemos que los historiadores, como los sociólogos, los economistas y, en general, los intelectuales, deben hacer un esfuerzo en este país para modificar, en lo que cabe, esta percepción, con el fin de lograr aprehensiones cada vez más exactas de nuestra realidad.

Heredia, Costa Rica, noviembre de 1996.

Notas

1. Así le llama Enrique Gomáriz en «El eterno retorno a la cultura». En **Cultura y población**. FLACSO. San José, 1996, p. 5.
2. Héctor Pérez Brignoli. «Nota preliminar». En **Historia general de Centroamérica**. Vol. V. FLACSO/Editorial Siruelas. Madrid, 1993, p. 11.
3. Puede consultarse al respecto: Jorge Vargas Cullel y Guillermo Carvajal. «El surgimiento de un espacio urbano-metropolitano en el Valle Central de Costa Rica: 1950-1980». En Rodrigo Fernández y Mario Lungo (coordinadores). **La estructuración de las capitales centroamericanas**. EDUCA. San José, 1988, p. 123; y Dirección General de Estadística y Censos. **Algunas características demográficas del Área Metropolitana**. Sección de Publicaciones de la DGEC. San José, 1957.
4. Entrevista de Rafael Cuevas Molina a Rafael Angel «Felo» García, realizada el 2 de setiembre de 1993.
5. Entrevista. **Brecha**. Nº 1, Año 1. Setiembre de 1956, p. 10.
6. «Grave decadencia cultural». En diario **La Prensa Libre**. Lunes 11 de mayo de 1959.
7. Véase «Premio Universidad de Costa Rica». En **Boletín de la Universidad de Costa Rica**. Nº 5, Año II, mayo de 1955, p. 14.

8. **Idem.**
9. Entrevista de Rafael Cuevas Molina a Guido Sáenz realizada el 26 de junio de 1990.
10. Guido Sáenz. «El Teatro Arlequín». En revista **Tertulia**. Nº 5, 1972, p. 22.
11. Véase «Pilar Quirós». Entrevista de Rafael Cuevas Molina en **Suplemento Cultural**. Nº 15, PROCAI/CIDEA/Universidad Nacional. Heredia. Mayo de 1994, p. 2.
12. Entrevista de Rafael Cuevas Molina a Isaac Felipe Azofeifa, realizada el 11 de mayo de 1990.
13. Entrevista de Rafael Cuevas Molina a Alberto Cañas, realizada el 30 de mayo de 1990.
14. Francisco Gamboa. «Algo más sobre la ayuda al arte y los artistas». Diario **La República**. Domingo 31 de mayo de 1959, p. 12.
15. Revista **Pórtico**. Nº 1. Enero-abril de 1963, p. 191.

